

gobierno, el mecanismo del estado y la estructura social son necesarias en cuanto á su amparo y favor se engendra, medra y se robustece una delicada cultura del espíritu, a la cual todos ayudan, pero es imposible que de ella disfruten si no muy corto número. Para Bernard Shaw, gobierno, estado y sociedad, tal como están hoy constituidos, lejos de ser necesarios, deben desaparecer. El fin de la sociedad no es la ventaja ó enaltecimiento de unos cuantos, por muy artistas y sabios que sean, sino el goce universal de todos los hombres y satisfactoria posesión de aquellos derechos inalienables con que cada qual ha nacido: vida, libertad y ventura. Rolland piensa que las mentes más esclarecidas de Alemania y de Francia debieran fraternizar, oponiéndose a la guerra, con que a su debido tiempo la hubieran evitado y aún ahora acabarían con ella. Bernard Shaw cree que los hombres del vulgo, los trabajadores, el pueblo, así en Inglaterra, como en Alemania, debieran decir: «no queremos guerra», y era seguro que no la habría. Rolland supone que el origen de la guerra debe buscarse en las pasiones subalternas de la gran masa colectiva. Bernard Shaw señala la culpabilidad de los hombres superiores, artistas, gobernantes, diplomáticos, por su estupidez, fatuidad é hipocresía. Rolland halla abominable y monstruoso que un joven novelista francés y un joven novelista alemán, por ejemplo (acaso dos genios en rudimento), se maten a bayonetazos. Para Bernard Shaw, lo abominable y monstruoso es que se maten dos hombres, sean poetas como si son barrenjeros. Para Rolland, el crimen más horrendo es que desaparezca una catedral o que un Rubens se abraza. Bernard Shaw daría quizás todas las catedrales y todos los Rubens por salvar la vida de un hombre.

Tal vez cuando el lector haya dado fin á este libro de Romain Rolland, decidirá que yo no he sabido reproducir exactamente su pensamiento. En efecto, no me he limitado á repetir en el prólogo frases que se contienen en el cuerpo del libro. Nuestras expresiones no coinciden porque he procurado hacer una labor de interpretación, resumir en términos llanos y sintéticos la esencia ó espíritu del criterio de Rolland sobre la guerra, por lo que se deduce de este libro y de otras obras del mismo escritor. No por excusada he de suprimir aquí la advertencia de que no estoy seguro de haber entendido en su propio alcance y significación, tanto el criterio de Rolland como el de Bernard Shaw. Así es como los entiendo yo, sin que esto implique que todo el mundo haya de entenderlos de la misma manera.

Sin duda, expuestas las ideas tan descarnadamente como van en este prólogo, pudiera hallarse cierta similitud entre el criterio de Romain Rolland y la famosa frase de aquel periodista que, luego de narrar un accidente ferroviario, concluía exclamando: «afortunadamente todos los muertos son pasajeros de tercera». Pero, si bien se mira, por debajo de la expresión un tanto cómica é inhumana de este criterio hay un fondo de buen sentido y humanidad. Dada la inexorabilidad de un sacrificio, con una sola víctima á escoger entre dos, cuya elección pendiese de nuestro arbitrio, entre un Cervantes y un pelantrín, entre Cristo y Barrabás, ¿no salvaríamos á Cristo y a Cervantes? El criterio de Bernard Shaw acude á evitar la incertidumbre de la elección y el dolor que consigo trae aparejado. Entre dos víctimas, no debemos consentir que se sacrifique ninguna. Como criterio, es excelente. Pero ¿como evitar el sacrificio? ¿Y cuando el sacrificio es salu-